

La casa del lenguaje

(Sobre el sentido y significado en la toponimia urbana)

MARÍA ÁNGELES DURÁN*

Aunque en el espacio abstracto, euclidiano, todos los puntos son iguales e intercambiables, en el espacio humanizado los puntos o intersecciones de líneas ganan sentido y se convierten en lugares. Habitamos en el lenguaje y conocemos a través de las palabras. El nombre es la primera manifestación del lenguaje, y dar nombre es, en cierto modo, apropiarse y crear. Por eso el pequeño *pathfinder*, como moderno descubridor de astros, ha cubierto ya de nombres ingleses la superficie explorada de Marte. A la máquina le hubiese bastado con dos cifras, un cruce de

coordenadas o una clave; pero son los astronautas, y los investigadores y técnicos de sus equipos de mantenimiento quienes sienten la necesidad de nombres individualizados y reconocibles, asimilables desde la experiencia terráquea. Nombres, al fin y al cabo, que expliciten los signos de marcaje.

Los nombres, y sus transformaciones, son una fuente inagotable de memoria. No tienen la concreción y la fuerza de los palacios o fortalezas, pero a menudo les sobreviven.

Ligeros, compartidos, transportables, son los primeros en crear lugar.

También la ciudad es un lugar nominado, una delimitación espacial bajo el cobijo de su nombre. Nombre y origen suelen ir juntos, y el uno es huella del otro. Aunque hay excepciones, y no todas las ciudades pueden exhibir una memoria certera. Gastan muchos recursos las ciudades en buscarse cronólogos y filologías, y desde siempre hubo este oficio en las cortes de reyes y administradores. Parece universal la necesidad de datación, de saber los años transcurridos desde la primera choza o la primera piedra. Algunas ciudades fantasean su origen, y hacen intervenir a dioses o apariciones en su nacimiento. Otras se adornan de hechos gloriosos o terribles que los iconos reproducen incansablemente, para arrancarse de la vulgaridad de un principio sin padres conocidos.

Los nombres son un componente esencial de la identidad: hay nombres en los que se reconoce la ciudad entera y nombres que designan solamente lugares menores o parciales. Aunque los nombres suelen ser indicación de su principio, con frecuencia encubren también reedificaciones de la memoria, sustituciones o adaptaciones de nombres anteriores. Incluso en los casos de fundación solemne y atestiguada, el origen es menos exacto de lo que las fuentes dicen. Algunas ciudades viven mal la relación con su nombre; queriéndose reconocer en otro momento de su pasado, o aliviarse con un nuevo sueño o dueño, mudan la imagen y apariencia, comenzando la obra por el cambio del sonido y la palabra, de la voz y escritura que la identificaba. Leningrado, ya San Petersburgo, es una de las últimas ciudades que han trocado patrón y toponimia. Otras, como Madrid, Magerit, son huérfanas de origen. De dudosa ascendencia, los expertos no logran acuerdo sobre la palabra,

ni disipan la duda de su origen árabe, púnico o romano.

Además del espacio que la engloba y limita, la ciudad reconoce y singulariza, dándoles nombre, una multitud de espacios interiores y exteriores. Toman nombre las calles, los barrios, las plazas, las puertas, los edificios principales, los jardines. El nombre es una transacción en que el primer nominador ejerce un derecho de señalamiento, una imposición de voluntad. Si el nombre es aceptado, se convierte en hábito, en costumbre natural. Pero la resistencia al uso puede ser duradera, y el nombre se alterna o convive con otras denominaciones.

Carecer de nombre, o de lugares que repiten el nombre que se ha tenido, es desaparecer, morir. Entre los nombres y los lugares no hay solamente una relación unidireccional. El espacio indiferenciado se singulariza en el nombre, pero el lugar devuelve alguna de sus características al nombre que lo identifica, y se fusiona en la toponimia. Más allá de la toponimia, que es nombre de lugar, y lugar con nombre, se encuentra la ectoponimia, el espacio vacío de los lugares sin nombre y los nombres sin lugar. Los grupos carentes de reflejo histórico vuelven sus ojos a los ectopónimos, bautizándolos o apropiándolos secretamente. Así, conviven geografías explícitas y tácitas, paisajes abiertos y caminos reservados a los excluidos. A través de la toponimia, el topoanálisis se hace estudio del alma, de la psique: el psicoanálisis se ofrece también como herramienta. Todos los grupos fabrican espacios y lugares, estén donde estén, y acotan simbólicamente los territorios propios. Los muros, las puertas o las torres que limitan físicamente los espacios, son más visibles, pero no menos poderosos que otras barreras y mojones del ámbito de los signos y las convenciones.

El plano de Madrid, como el de todas las ciudades vivas, es un tejido de nombres que

cambia con los siglos, las guerras y las remodelaciones. Para quienes no tienen otro laboratorio, una colección de planos antiguos puede officiar como rito de pasaje a la memoria de la ciudad. Entre el plano de Texeira de 1656 y la última Guía Urbana de Madrid, se interpone un mundo de construcciones desaparecidas y espacios de nueva creación, pero sobre todo destaca la permanencia de los viejos nombres y el asedio, la lenta batalla por hacerse sitio entre los nombres nuevos.

Ni Madrid ni el callejero de Madrid son excepcionales entre las ciudades mediterráneas, y las reflexiones que sobre él se hagan pueden trasladarse a otros lugares. El viaje por sus calles de papel es una fácil propuesta pedagógica, porque da cabida a la percepción, a la sorpresa de la ausencia, a la proyección estética, y a la interacción, siquiera sea simbólica, entre el viajero y el lugar.

En la “*Guía urbana*” de Madrid hay cerca de veinte mil voces, y un análisis sistemático tendría que combinar la información textual o documental con otras informaciones orales sobre atribución de importancia, frecuencia de uso y sentido. El análisis de la frecuencia de uso nos llevaría al reconocimiento de las “*sendas*” o “*itinerarios*” habituales para distintos tipos de población, y los nombres o memorias relevantes serían los más asociados con esos recorridos. No siempre coinciden las calles —en su entero trazado— con los *lugares* dotados de identidad o de relevancia, ni coinciden los observadores en conceder la misma importancia a los lugares. Pero, no obstante, los lugares identificados en los planos de la ciudad son sobre todos los espacios huecos, las calles y plazas.

En ese sentido se parecen a los anagramas y otros signos (yugos y flechas, sombreros episcopales, tiaras y llaves, aros de estrellas) que permiten identificar la presencia de instituciones sobre el espacio urbano. Los nombres pueden interpretarse como signos o

señas de identidad del lugar, y eso les dota, sin más, de “comprensibilidad”. Aunque estuviesen escritos en un lenguaje o alfabeto que el lector desconociese, serían “eficientes” simplemente por la posibilidad de “identificarlos”, esto es, de reconocerlos y reproducirlos. Sin embargo, algunos nombres como “*la calle del Arenal*” o la de “*Los Olmos*” remiten al significado de la palabra fuera del contexto de la placa en que está dibujada. Y este sentido es, a veces, doble o cruzado, porque remite a la relación entre el significado del nombre (árbol, personaje, actividad, etc.), y el lugar al que se le aplica. El interés de este último tipo de significados es que introduce los problemas de “*verdad*” y “*certeza*” en la lectura urbana, por la vía de la posible disparidad entre los “*significados objetivos*” de los nombres y las “*atribuciones*” de significado, tan variables, que realizan los observadores o viajeros urbanos.

Mientras el callejero de Madrid es una recolección de signos, otras obras como la de Pedro de Répide “*Las calles de Madrid*” (1981), o de Brazo Morata “*Los nombres de las calles de Madrid*” (1984) tratan de conocer la historia de los signos o nombres del callejero. Entre el primero y los segundos hay un filtro, una selección basada en criterios de importancia o disponibilidad de información que reduce el censo inicial de veinte mil signos a menos de una vigésima parte.

Las cuatro primeras voces del listado de la “*Guía urbana de Madrid*” corresponden a cuatro calles llamadas “A”, en el distrito de Villaverde. Vienen después las calles de Abada, de los Abades, de la Abadesa y de la Abadía. Al consultar el diccionario de la Real Academia, y los libros de Pedro Répide y de Bravo de Morata sobre las calles de Madrid, aprendemos que la abada fue un rinoceronte o “abada” que el gobernador de Java regaló en 1501 a Felipe II y se guardaba en los corrales que hoy ocupa la calle. Esto según Répide, porque Bravo da una versión menos palaciega de la misma abada y

otorga su posesión a unos cazadores o viajeros portugueses que viajaban en compañía de este animal, “algo amaestrado”. El animal mató — en aquel lugar— al panadero de un horno cercano, que le molestaba.

Aún después de adquirir “*certeza científica*” de que el nombre no es lo que parece, siguen vivas las asociaciones de ideas y resulta difícil sustraerse a la pregunta de cuál de estos u otros significados evoca la calle en el imaginario colectivo. Si en este imaginario la abada fuese también, preferentemente, el femenino de abad, la ciencia histórica o conocimiento verdadero produciría una transmutación imaginativa entre la rinoceronta brava y la monja superiora.

En cuanto a la calle de los Abades, la siguiente en el callejero, su nombre recuerda algún monasterio o reunión de monjes o canónigos importantes. La lengua castellana admite la posibilidad (por venir en plural) de imaginar tal lugar como referido a un grupo mixto de varones y mujeres, pero la experiencia o memoria (colectiva y propia) dificulta hasta cerca del veto tal expansión imaginativa. Aun siendo posible, las asociaciones de ideas se retraen ante el plural integrador, devolviendo solamente las imágenes de un cenáculo habitado por varones. Resulta luego que tampoco los *Abades* eran clérigos, sino dos ricos hermanos, Rodrigo y García, que llevaban tal apellido. Esta brusca ruptura de las imágenes erróneamente asociadas en la primera lectura no quita valor al ejercicio. Al contrario, es una buena prueba de la capacidad equivocante de los signos, de los semióticos plurales, de la tensión y el desencuentro entre los que escriben y los que leen, entre los que lanzan el mensaje y los que lo reciben.

La cercanía de los nombres en el callejero responde a un criterio de organización formal, alfabético, y no refleja proximidad de los lugares nombrados. No obstante, vistos uno al lado del otro, no es posible obviar las

conexiones semánticas entre la abada, los abades, la abadesa y la abadía: en la imaginación se articulan como una unidad dotada de sentido propio, como un cuadro surrealista de Picasso o de Delvaux en el que fuesen cayendo la rinoceronta vengadora, los abades y la abadesa, encerrados todos entre los contornos venerables de la cerca de la abadía.

Al comprobar que su historia o sentido real no corresponde con la que le atribuíamos, se plantea el problema de los límites de la certeza. ¿Hasta dónde puede confiarse en la transparencia de los signos de la ciudad? ¿Por qué asustarse o alejarse del uso consciente de la imaginación creadora, del re-nombramiento o la re-significación de los lugares?

La ciudad consagra algo más de un tercio de sus nombres a la memoria de personajes humanos dimorfizados, y de ellos, la proporción aproximada es de seis a uno para los hombres y para las mujeres.

Los espacios codiciados, importantes, renuevan su nombre cada poco tiempo, porque son precio obligado de los poderes que se turnan. Los espacios menos apetecidos, que no interfieren con designios mayores, tienen más posibilidades de sobrevivir. En el extrarradio o en las calles pequeñas, perduran los nombres de los antiguos propietarios de los terrenos. Son, en cierto modo, lugares menores y entre ellos es más frecuente la presencia de nombres femeninos. El Madrid antiguo recibe sus nombres de una constelación de santos y marqueses, de oficios y orografía. El Madrid de la postguerra se bautizó con nombres militares, o de héroes de la contienda civil. El Generalísimo, el Caudillo, los Caídos, José Antonio, llenaron la memoria topográfica de media España en los años cincuenta y sesenta. Inauguraron poblaciones nuevas y renombraron o señalaron con placas los sitios estratégicos, las arterias principales de todas las ciudades. En los setenta se respiró la transición en los nombres

antes que en las leyes. Llegó lo que Christine Boyer llama “*la crisis de memoria*” y sobrevino una amnesia general. Las ciudades crearon recuerdos nuevos, mitigaron el peso relativo de los más recientes. El deseo de apertura se manifestó en los nombres de las calles, en la presencia de países y ciudades extranjeras en los nuevos callejeros. La distancia y el descompromiso con el momento político se tradujo en el re-descubrimiento del valor topográfico de la botánica y la geografía. En los ochenta se culminó la transición con un nuevo cambio de memoria y de historia. Muchas de las principales arterias y plazas se des-nombraron y se volvieron a nombrar. No fue una demolición tan espectacular como la de la columna de la plaza de Vendôme de París por la Comuna, o el descendimiento de las estatuas de Lenin o Marx en el territorio del antiguo imperio soviético, a finales de los años ochenta. El alcance del remodelamiento tampoco fue comparable al que en otras épocas se autoimpusieron Roma, París, Londres o Viena, ni tuvo la crispación ni el encono que en los años treinta propició en Madrid el fusilamiento de la estatua del Corazón de Jesús en el Cerro de los Ángeles. Pero el cambio de memoria oficial y dominante se produjo de modo masivo y profundo. La Democracia, la Constitución, la Casa Real y los signos de identidad regionalista fueron las nuevas memorias rescatadas en los años ochenta y noventa. Se aposentaron en plazas y centros escolares, en museos y hospitales, en parques inmobiliarios y en avenidas y parques. La memoria de los poetas perdedores y olvidados tras la guerra civil tuvo un nuevo despunte de esplendor, de rescate, similar a la del rey Carlos III. Rafael Alberti, Pablo Neruda, Miguel Hernández, Luis Marín (cantaor flamenco anarquista) o Rafael Fernández Hijicos (primer presidente de la Asociación de Vecinos de Palomeras Bajas) recibieron lugar en la remodelación de barrios promovida por el movimiento vecinal en Vallecas. Un lugar tan simbólico para Madrid como la Puerta de Alcalá se revistió de un nuevo significado,

asociándola al recuerdo de una dinastía cuya memoria histórica no se había cultivado en sus aspectos ilustrados y amables.

En la última década, la de los noventa, terminado ya el vuelco de memoria política entre izquierdas y derechas, apagada la sed de reconstrucción relativa a la guerra, las memorias de las ciudades españolas han profundizado su vertiente local, la búsqueda y reconocimiento de signos de identidad propia. Decenas de miles de calles han cambiado sus placas para expresarse en las lenguas autóctonas, y las señales de indicaciones del tráfico son el escenario más visible (basta un poco de pintura o spray) de las batallas lingüísticas. En una ciudad pequeña, como La Laguna, la búsqueda de raíz no se ha dirigido al redescubrimiento lingüístico, sino a la recuperación de nombres olvidados de la historia local. Al revés que en otros sitios, como tantas urbanizaciones madrileñas o costeras que han reconciliado memoria y deseo a través de la recuperación de nombres de ríos y animales, sin aparente contenido ideológico, en La Laguna se ha des-naturalizado la topografía urbana para hacer más densa su humanidad. La antigua calle del Peral se llama ahora —según reza la nueva placa, de azulejo esmaltado, que recoge sobre la pared la fecha en que se tomó el acuerdo municipal de renombramiento— la calle de Cabrero Pintos. Otras muchas toponimias han seguido la misma suerte.

En Madrid, el extremo norte de la avenida de la Castellana, que cruza la ciudad de norte a sur con Somosierra al fondo, corona el perfil urbano con dos torres inclinadas de cristal y acero, un hito llamado “Puerta de Europa”. El nombre es certero e inevitable. Por encima de la historia interna de las edificaciones, el nombre rescatará la idea y conectará a la ciudad con el deseo de integración en ese espacio y esa unidad cultural y política que domina el tránsito al siglo próximo y al nuevo milenio.

Este artículo es una anticipación del libro de la autora "*La ciudad compartida*", que próximamente publicará el Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos.